

SENTIDO O SINSENTIDO DE LAS IDEOLOGÍAS

La cuestión que preocupa al autor del presente artículo es la de la relación entre fe e ideología. Para tratar el tema, repasa brevemente el surgimiento del actual concepto de ideología y sus rasgos peculiares; presenta después las posturas extremas adoptadas al tratar el tema de ideología, y pasa finalmente a unos análisis concretos de situaciones eclesiales en las que interviene la problemática tratada.

Sinn oder Unsinn der Ideologien, Theologische Zeitschrift 32 (1796) 92-102

EL CONCEPTO MODERNO DE IDEOLOGÍA

Ideas e intereses

En general, puede definirse la ideología como la *toma de conciencia de una situación histórica*, como el compromiso de las ideas que tienen relevancia en un momento histórico. De esta manera, en la investigación del AT se habla, en este sentido neutral, de que la dignidad del rey se debe a la "ideología real", es decir, a la idea de que el rey es hijo de Dios, de la cual se deduce la práctica de un tratamiento sacral. En éste y otros ejemplos que podríamos poner, nos encontramos ante un complejo de ideas que establece un puente entre la teoría y la práctica: si es verdad la frase de que el rey es hijo de Dios, entonces se le debe la máxima consideración. Los padres del concepto moderno de ideología ya captaron que las ideas están en relación, a la vez oculta y manifiesta, con las situaciones históricas y deben aclarar la acción que es exigida por una situación determinada.

Una vez reconocida esta relación, el siguiente paso consiste en desconfiar del abuso de las ideas puestas al servicio de *intereses de dominio*, dándoles fundamento y justificación. Cuando se reconoce que las ideas sirven a los intereses, surge el moderno concepto de ideología, la nueva doctrina de la ideología. Y esto sucede en el marco de la revolución francesa, cuando Destutt de Tracy descubre que las ideas reflejan la situación política y social y cambian con ella. A esto se añade, en el surgimiento de la doctrina moderna de la ideología, como segundo momento, el descubrimiento de la dinámica histórica y de la mutabilidad de la sociedad y de sus relaciones. Es decir, si el peso histórico pasa de la nobleza a la burguesía, y luego al proletariado, con ello cambia también la conciencia de la situación y sus relaciones normativas y de autoridad. Así, si el feudalismo conlleva el valor obediencia, sometimiento, la burguesía conlleva el de la igualdad ante la ley, por poner un ejemplo. Y sucede que al darse un cambio social, la clase dominante hasta entonces intenta mantener sus valores afirmando su "validez eterna", su universalidad. Naturalmente, una postura de crítica ideológica descubrirá su ideología como "falsa conciencia" y con ello se descubrirá como ilusoria la pretendida universalidad de sus ideas.

Se ha hecho habitual en estos casos el hablar de "ideología" en un sentido peyorativo, como expresión de una falsa conciencia. Y es verdad que, desde Hegel, se constata un desequilibrio entre existencia y conciencia. Marx lo hace descubriendo que el pensar de su tiempo está ligado a la clase a la que se pertenece; Kierkegaard, descubriendo las soluciones de compromiso del cristianismo de su época; Nietzsche, desvelando el nihilismo de su época, del que no se ha tomado debida conciencia.

Descripción, interpretación, acción

Guy Rocher define la ideología como "un sistema explícito -y en general organizado- de ideas y juicios que sirven para describir la situación de un grupo o comunidad, para aclararla, interpretarla o justificarla, y que propone una línea de actuación para este grupo, marcada con precisión por una serie de valores". Si seguimos este análisis, veremos que estos tres elementos -descripción, interpretación, acción- no se dan aislados, sino enlazados: una determinada necesidad obliga a pensar y actuar en el sentido del cambio social. La miseria del proletariado obliga a reflexionar sobre su situación, su procedencia y sus raíces históricas, y de ahí a actuar para provocar un cambio.

La ideología del fascismo no cayó del cielo: partió de la situación de los estados tras la primera guerra mundial. Eligió sus referencias últimas: nación (grandeza, conciencia de su misión) y pueblo (ordenación del pueblo). Se añade a esto un pensar de tipo amigo/enemigo: enemigos son los que no pertenecen al propio pueblo (judíos, gitanos, eslavos...). Por supuesto, hay que oponerse al enemigo y a su perverso influjo (ideas de internacionalismo, pacifismo, etc). Para valorar la propia postura se utilizarán conceptos religiosos de origen cristiano: la patria se relaciona con el reino celestial de Jesús; las decisiones políticas irracionales se amparan en la providencia; la historia (sólo se es responsable ante ella) sustituye al juicio final, etc. El jefe nacional (*Führer*) se convierte en mesías, y la raza pasa a ser el concepto clave esclarecedor del sistema. La historia pasa a ser la lucha de las razas fuertes contra las inferiores, a las que pueden someter con todo derecho.

La decisión sobre la verdad o la mentira del sistema se decide en la elección de las categorías fundamentales.

Si el fascismo y el nacionalsocialismo son de tradición romántica, el marxismo procede del racionalismo. El proceso se origina aquí con las múltiples formas de injusticia del capitalismo naciente. Marx las descubre en su análisis y con ayuda del concepto de lucha de clases desarrolla una filosofía de la historia, que no queda en teoría, sino que apunta a la motivación de la acción revolucionaria. Esta visión de la historia se halla, además, bajo el signo del progreso, cuyo artífice es el trabajador proletario enfrentado al enemigo capitalista. Por eso las ideas no deben venir de la superestructura, que no fomenta el progreso, sino que deben venir de la infraestructura, de la base material y económica. Así, cuando Lutero lucha contra Roma no lo hace por motivos de fe, sino siendo instrumento de la situación económica de su tiempo, es decir, de la burguesía creciente.

La problemática de las ideologías tiene mucho que ver con la cuestión de la verdad. En efecto, Hans Albert afirma que lo que define el carácter ideológico de un sistema es que contiene afirmaciones falsas que sirven para utilizar el sistema como arma en la lucha política. Falsedad y utilidad ponen de manifiesto la esencia de la ideología. Por ello es tarea fundamental de las ciencias sociales eliminar la mascarada ideológica de los grupos de intereses que participan en la lucha política.

FE CRISTIANA E IDEOLOGÍA

Nos preguntamos qué tiene que ver la fe cristiana con las ideologías. Ante esto hay dos posturas: la de los que afirman la total separación (la fe cristiana es la negación de todo lo ideológico) y la de los que dicen que el cristianismo no es más que una ideología.

Una mirada a la historia

La total libertad ideológica de la fe cristiana sería verdadera si en todo tiempo y lugar los cristianos hubiesen captado e interpretado de igual manera la voz de su Señor. Pero esto no ha sido así. Y sirva de ejemplo la afirmación de que la Iglesia fomentó siempre la caza de brujas: se trata de un juicio demasiado global e históricamente erróneo. En efecto, siguiendo la tradición paulina, que afirma la existencia de un solo Dios y Señor, el Sínodo de Paderborn, el año 795, amenazaba a aquellos que, con mentalidad pagana, creían que un hombre o una mujer podían ser brujos y los quemaban. Y una resolución sinodal en Prüm (año 906), ataca a aquellas mujeres que para impresionar dicen que de noche cabalgan con Diana, diosa pagana, y otras muchas mujeres, por los aires: "tienen la fe de los paganos", dice la resolución. Así estaban las cosas a comienzos de la edad media.

Sólo a fines del siglo XV cambiaron las cosas. En 1480, aparece el "Martillo de brujas" de los dominicos Sprenger e Institoris. Allí, la teología cristiana hace suya las posiciones que antes se atribuían a los paganos: la manía brujeril, el pacto con el diablo, que otorga un poder tan peligroso que la cristiandad debe eliminar a los perjurios que lo han realizado. Pero estamos ya a fines de la edad media, durante la cual la Iglesia ha disfrutado de un poder sin discusiones. Ahora en cambio, hay inquietudes sociales, las ciudades se engrandecen, surge un proletariado a su alrededor. Todo este proceso, que incluye una cierta emancipación, es "demonizado" por la teología. Olvidada la libertad de la fe, defendida por anteriores sínodos, tiene lugar la ideologización de un fenómeno histórico que arrinconará la tradición paulina de la victoria pascual de Cristo.

Ciertamente la fe cristiana aparece como proclive a la ideología cuando surge una subcultura que no puede ser asumida sin más en la estructura de la cultura cristiana: se la declara adversaria y se la combate. Y en todo esto es típico que la ira de la iglesia no va contra los que han impulsado esta subcultura (los fuertes), sino contra los débiles, los marginados: mujeres, pobres, enfermos mentales.

Desfigurar la realidad

Hemos dado un paso importante: una ideología supone una deformación de la imagen de la realidad social. Y la posición social del individuo o del grupo, que se hace una imagen del otro grupo como realidad contraria a combatir, influye decisivamente en la génesis de una ideología. A esto se llega por un proceso racionalizados que construye un sistema cerrado de comprensión de la realidad, que tiende a una actuación social: en el caso de los poderosos en forma de autodefensa; en el de los desposeídos, en forma de voluntad de cambio. El carácter ideológico puede darse en los dos lados: los unos defienden la "santidad" de la propiedad privada, los otros la declaran un robo. Y sucede

que los cristianos no están al margen de estos procesos; más bien contribuyen a ellos, cediendo el adjetivo "cristiano" para reforzar las armas de un lado o del otro.

¿Cómo salir de este dilema? Probablemente este ensamblaje de fe e ideología pertenece al destino de la encarnación de lo cristiano. Como Jesús, los cristianos dependen en su existencia de los datos de su situación social e histórica. Esto implica que su fe sólo se hace relevante si se entra en esta situación y se corre el riesgo de la parcialidad e incluso de la injusticia: la acción histórica es contingente, sólo puede asumir un interés, y prescinde u olvida los demás.

Tomemos el discutido programa antirracista del Consejo Mundial de las Iglesias: alegato de justicia en favor de los derechos de la gente de color sometida por los blancos. A esto se oponen los intereses de los blancos que pretenden haber hecho, por ejemplo, de Sudáfrica, el país más desarrollado de África, y ven un caos en el establecimiento de la igualdad de derechos. La tentación ideológica de la teología está al acecho cuando un pastor reformado defiende en Pretoria la superioridad de los blancos a partir de la historia de los orígenes y refiriéndose a Cam como padre de los negros: Cam, que no cae dentro de la elección divina.

Pienso que efectivamente no puede darse una fe libre de ideologías, incontaminada ante las tensiones de la sociedad en que viven los cristianos. Y, sin embargo, también pienso que la fe cristiana es lo más opuesto a toda ideología. ¿Cómo salir de esta aparente contradicción?

Jesús

Partamos del mensaje nuclear de Jesús: Haced penitencia, pues el reino de los cielos está cerca. Las palabras de Jesús se podrían traducir así: abandonad la evidencia de vuestros puntos de vista (haced penitencia), pues las actuales circunstancias sociales no son eternas; lo terreno es limitado y no puede ataros permanentemente (el reino de los cielos está cerca), y lo que os ata debe relativizarse, para que estéis abiertos a Dios, ante quien sois responsables de vuestro pensar y actuar.

Jesús no se sitúa al lado de ningún grupo de intereses -y esto es lo revolucionario en él. Se relaciona con todos: pecadores, fariseos, saduceos, sacerdotes... Pero no se identifica con ninguno de los grupos, sino que más bien los confronta con la exigencia absoluta de Dios, la cercanía de su reino. Jesús está fuera de su ámbito de intereses y de las ideologías con que quieren legitimarlos. A lo más se puede decir que Jesús está sólo del lado de los que no tienen intereses que defender: pobres, marginados, enfermos, pecadores.

La teología y la predicación cristiana deberán ejercer su crítica ideológica en un doble sentido: 1) Deberán cuestionar las interpretaciones de la situación histórica, que se hallan en las ideologías, y confrontarlas con el mensaje de Dios que ama a los hombres. Se verá entonces si las ideologías contienen elementos del mensaje cristiano, o si lo alienan, deforman o combaten. Habrá que ver también si contienen alguna promesa de salvación que no se pueda cumplir intramundaneamente. 2) Por otro lado, deberán ser críticas frente a sí mismas, frente a la posibilidad de caer en ideología, es decir, de identificarse ingenuamente con afirmaciones políticas o sociales.

ACTUALIDAD DEL PROBLEMA

El problema de las ideologías, en su significación actual, surge con la revolución francesa: con la emancipación de la burguesía las ideologías se hacen socialmente efectivas. Esta alusión es interesante y de actualidad, pues en aquel momento se dividieron los espíritus en las iglesias. Y actualmente sucede algo parecido y más complejo, pues hemos asistido a la revolución rusa y a la china, dentro de un contexto de emancipación en África y Asia. Estamos inseguros al confrontarnos con el hecho de la revolución y su intento de justificación ideológica. Nos sentimos urgidos, pues a nuestro alrededor se levantan también ideologías que quieren legitimar la necesidad del cambio. Y ante ellas no existe un hablar imparcial del sentido o sinsentido de las ideologías: estamos obligados a justificar nuestra situación o a abandonarla y condenarla de acuerdo con las tesis de la ideología revolucionaria.

Las ideologías son intentos de desenmarañar la realidad histórica completa, clarificándola a base de un principio simple. Con ello las ideologías clarifican un fragmento, pero son al mismo tiempo encubridoras unilaterales de la realidad. Los ejemplos clásicos son el nacionalsocialismo y el marxismo. En ambos casos se da algo de verdad: que en la época moderna los grandes imperios han sido levantados por defensores de la raza nórdica y que el proletariado tiene un peso cada vez mayor en nuestra sociedad. Pero la alienación de la verdad comienza cuando esta verdad parcial se absolutiza y se hace eterna. La consecuencia de esto es la caracterización totalmente negativa de los grupos opuestos: no arios y no proletarios a los que hay que combatir.

Sin embargo, a pesar de esta semejanza estructural, marxismo y fascismo se diferencian muy claramente: el fascismo y el nacionalsocialismo son ideologías reaccionarias, al servicio de tendencias que quieren mantener privilegios y poder; el marxismo, en cambio, es la ideología de los desposeídos. Y esta constatación es importante, porque es la pauta desde la que se opta por una u otra de las ideologías.

Opciones eclesiales

Allí donde la Iglesia se identifica con los poderosos, donde se entiende privilegiadamente con el Estado, los cristianos tenderán a asumir ideologías fascistas. Cualquier intento de cambio histórico será visto no como un avance, sino como un ataque diabólico contra el Dios que garantiza el orden establecido. Esta simbiosis de iglesia y fascismo existía en España y en Portugal y existe aún en gran parte de América latina: con un simplismo horripilante, toda oposición política es tachada de comunismo y combatida hasta con la tortura.

Hoy las posiciones han cambiado y sobre todo en Latinoamérica ganan terreno los análisis marxistas porque interpretan mejor -y marcan líneas de salida- el problema real de los no privilegiados, de los explotados y marginados. Recordemos -por citar lo conocido- a Camilo Torres, el sacerdote que se hizo guerrillero no por traición a su vocación, sino porque no veía otro camino para la liberación de los oprimidos.

La Teología de la liberación

La situación latinoamericana es muy interesante para clarificar la relación fe-ideología. Los teólogos de allí no ven en la fe ninguna ideología: porque la fe ni se refiere a un punto histórico concreto, ni aporta soluciones concretas, ni se agota en una utopía concreta, ni tampoco en un proyecto histórico. Y, sin embargo, también afirman que quien quiera colaborar en las soluciones debe comprometerse ideológicamente. Y, para este compromiso, la fe sólo da una orientación ético-moral: la liberación de los oprimidos.

El teólogo Gustavo Gutiérrez ha sistematizado la problemática y ha intentado fundamentar la opción de la iglesia latinoamericana. Según él, Latinoamérica se encuentra en un proceso de liberación en el que la iglesia en cuanto tal debe comprometerse si no quiere quedar al margen de la realidad. En el sentido del evangelio social, categorías como el pecado y la salvación no son interpretadas tan sólo en un sentido privado-individual, sino como hechos sociales: pecado es la injusticia atribuible a los hombres, y liberación no es salvación en el más allá, sino en primer lugar una realidad experimentable aquí. Liberación no es sólo un asunto interior, sino ante todo un proceso político. Liberación política, liberación del hombre a lo largo de la historia y liberación del pecado con la consiguiente comunidad con Dios son tres niveles de la realidad, ciertamente diversos, pero que sólo juntos constituyen el único proceso de salvación.

En Latinoamérica hay dos ideologías: la capitalista y la socialista. Los teólogos de la liberación consideran que sólo es posible una opción: la del socialismo. Y allí se considera que hablar de la "muerte de las ideologías" no es más que una forma encubierta de mantener a la gente engañada. La Iglesia, por tanto, debe tomar una *opción ideológica*: el análisis que la fe hace de la situación así parece exigirlo. Si ya después esta opción ha de tomar la línea Camilo Torres o Helder Cámara es otra cuestión que no tiene por qué ser disyuntiva.

Alemania

La situación en Alemania es muy distinta: no lleva la firma de la revolución, aunque los presos del grupo Baader-Meinhof quieran creerlo. Los grupos no están aquí excluyéndose, sino que debe darse una discusión entre ellos. El pluralismo de la opción política es legítimo y el problema de la ideología pierde con ello su agudeza.

No habrá sólo *un* programa y sólo *una* ideología que defienda los de los no-privilegiados, sino varias posibilidades. Sin que esto signifique que la fe se identifique o agote en una determinada ideología. Siempre habrá un "plus" de la fe ante las ideologías, radicado en la llamada "insatisfacción escatológica", que le hará preguntar a todos los sistemas, capitalistas o socialistas, si en ellos la humanidad se realiza o no. Pero esta insatisfacción escatológica no debe traducirse en arrogancia o desprecio por la construcción de la sociedad. Y esto sólo se evitará si la iglesia está dispuesta al sacrificio y a la entrega.

En una situación revolucionaria, la iglesia que se coloca al lado de los oprimidos, renunciando a todo privilegio, pasa a ser, al oponerse a los poderosos la iglesia de la

cruz: la de la sospecha, difamación y persecución como en la Iglesia primitiva. No se puede tratar en profundidad el tema "sentido o sinsentido de las ideologías" olvidando este aspecto.

UNIDAD EN LA FE-PLURALIDAD IDEOLÓGICA

¿Podemos hablar de *unidad en la fe* cuando nos vemos confrontados con una *pluralidad de ideologías*? El problema es inevitable y sólo se puede tratar adecuadamente desde la situación histórico-salvífica en que se encuentra la cristiandad.

Esta pluralidad ideológica es el reflejo de la situación en que nos encontramos desde la venida de Jesús: entre el nuevo y el viejo mundo; entre el mundo de la paz, justicia y libertad de los hijos de Dios y el mundo de la ley, es decir, de las ataduras biológicas, sociológicas, ético-morales. La irrupción del mundo nuevo, en nuestra situación actual, no comporta la desaparición del viejo: es, decía Pablo, el tiempo de la fe, de la esperanza, de las arras.

Esta tensión histórico-salvífica se manifiesta en la pluralidad de las ideologías. La tendencia del "todavía no" se manifiesta en la ideología conservadora, reaccionaria. La tendencia del "ya sí" se traduce en ideología revolucionaria.

Esta visión histórico-salvífica puede clarificarnos la cuestión de las ideologías: llevadas al extremo ambas son falsas. En efecto, ¿podrán los primeros responder a la pregunta "dónde estabais cuando yacía desnudo..."? ¿Cómo se verán los segundos al verse interpelados con el "habéis olvidado que mi reino no es de este mundo"?

Entre dos mundos

Estando entre el mundo viejo y el nuevo podemos entender que haya opciones distintas: los conservadores verán el peligro del entusiasmo y de la confusión del reino de Dios con el del último hombre; los segundos sospecharán del quietismo y de la complicidad en la injusticia.

Ante este dilema, la cristiandad no puede soñar en planear una "ideología cristiana", pues sería falsificar la fe. En esta situación son necesarios dos momentos: el discernimiento, la discreción de espíritus y la disposición a un diálogo auténtico. Y es ilusorio esperar que la cristiandad hable con una sola voz. La unidad de los cristianos incluye siempre el *don* en la unidad de un Señor, una fe y un bautismo y la tarea en la pluralidad de interpretaciones y realidades eclesiales.

Tradujo y condensó: NICOLÁS POMBO LIRIA